

LA TORRE DEL HOMENAJE

Tour de force, 5

Jennifer Egan

La torre del homenaje

Traducción de Carles Andreu

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *The Keep*
© 2006 by Jennifer Egan

© de la traducción: 2013 Carles Andreu
Revisión: Santiago Celaya

© 2013 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: octubre de 2013

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: © Nikada

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-95587-98-5
Depósito legal: B-23.237-2013

Printed in Spain

*Para los pequeños,
Manu y Raoul*

PRIMERA PARTE

1

El castillo se caía a pedazos, pero a las dos de la madrugada y bajo una luna estéril, Danny no se dio cuenta. Lo que veía presentaba un aspecto francamente robusto: dos torres circulares unidas por un arco y, bajo ese arco, una puerta de hierro que parecía que no se hubiera abierto en trescientos años, o incluso más.

Danny no había estado nunca en un castillo, ni tampoco en esa parte del mundo, pero había algo en todo aquello que le resultaba familiar. Era como si recordara aquel lugar de hacía mucho tiempo, no de haber estado realmente allí sino más bien de un sueño o de algún libro. Las torres tenían en la parte superior las típicas muescas cuadradas que los niños dibujan en los castillos. El aire era frío y neblinoso, como si ya hubiera llegado el otoño, aunque estaban aún a mediados de agosto y en Nueva York la gente iba medio desnuda. Los árboles habían empezado a perder las hojas; Danny notaba como le caían encima de la cabeza y las oía crujir bajo las botas al andar. Buscaba un timbre, una aldaba, una luz: una entrada a aquel sitio o, cuando menos, algo que lo ayudara a encontrar la entrada. Ya estaba desesperándose.

Danny se había pasado dos horas en un pueblucho del valle esperando un autobús que lo llevase al castillo, pero

no llegaba nunca y entonces había levantado la mirada y había visto una silueta oscura que se recortaba contra el cielo. Echó a andar, arrastrando la Samsonite y la antena parabólica un par de kilómetros montaña arriba, aunque las ruedas de la maleta se atrancaban en las rocas, las raíces de los árboles y las madrigueras. Su cojera tampoco ayudaba. Todo el viaje había sido así: un problema tras otro, empezando por la salida del vuelo nocturno desde el aeropuerto JFK, cuando tras una amenaza de bomba habían tenido que remolcar el avión hasta un campo adyacente, rodeado por unos camiones con lucecitas rojas y mangueras enormes que resultaban reconfortantes hasta que uno comprendía que su objetivo era asegurarse de que la bola de fuego calcinara tan solo a los pobres pringados que iban a bordo. Total, que Danny había perdido la conexión en Praga y también el tren que debía llevarlo al lugar donde se encontraba ahora, un pueblo con un nombre que sonaba alemán pero que no parecía que estuviera en Alemania. Ni en ningún otro sitio, de hecho: Danny no lo había encontrado en Internet, aunque tampoco estaba muy seguro de cómo se escribía. En una conversación telefónica con su primo Howie, que era el propietario del castillo y quien había corrido con todos los gastos para que Danny le pudiera echar una mano con la restauración, había intentado averiguar algunos detalles.

Danny: Hay una cosa que aún no me ha quedado clara. ¿Dónde está tu hotel, en Austria, en Alemania o en la República Checa?

Howie: Si quieres que te diga la verdad, ni yo mismo lo tengo muy claro. Esas fronteras cambian sin parar.

Danny (pensando): ¿En serio?

Howie: Además, recuerda que aún no es un hotel. De momento es solo un viejo...

Se había cortado la línea. Danny intentó volver a llamar, pero ya no logró dar con él.

No obstante, los billetes llegaron a la semana siguiente (matasellos borroso): avión, tren y autobús. Y teniendo en cuenta que hacía poco que se había quedado sin trabajo y que debía marcharse rapidito de Nueva York a causa de un malentendido en el restaurante donde trabajaba, que le pagaran para ir a algún sitio (a donde fuera, incluso a la luna) no era una oferta que Danny estuviese en condiciones de rechazar.

Había llegado con quince horas de retraso.

Dejó la Samsonite y la parabólica junto a la verja y dio la vuelta a la torre izquierda (Danny iba a la izquierda siempre que podía elegir, porque la mayoría de la gente optaba por ir a la derecha). De la torre partía una muralla curva que se perdía entre los árboles. Danny la bordeó y pronto se encontró en medio del bosque. Caminaba a tientas. Se oían correteos y aleteos. A medida que iba avanzando, los árboles estaban cada vez más pegados a la muralla, hasta que al final tuvo que escurrirse entre los troncos y la pared, pues temía perderse si se alejaba demasiado de la fortificación. Y entonces sucedió algo bueno: llegó a un lugar donde los árboles habían atravesado la muralla hasta derrumbarla, de modo que Danny podía entrar trepando.

No fue fácil. La muralla medía más de seis metros de altura y era irregular y quebradiza, con varios troncos que la atravesaban y la aplastaban. Además, Danny tenía una rodilla maltrecha a causa de una lesión relacionada con el malentendido en el trabajo. Por si fuera poco, no llevaba precisamente botas de escalada, sino calzado de ciudad, unos zapatos guays, con la punta entre cuadrada y puntiaguda. Sus zapatos de la suerte, o eso había creído Danny hacía

tiempo, al comprárselos. Necesitaban una suela nueva. Los zapatos resbalaban incluso encima del hormigón de la ciudad, así que Danny se alegró de que nadie viera el espectáculo que ofrecía en aquel momento, trepando a gatas por una muralla de seis metros medio derrumbada. Pero finalmente lo logró y, arrastrando la pierna dolorida, jadeante y sudoroso, se encaramó a una especie de plataforma que recorría la parte superior de la muralla. Se sacudió los pantalones y se puso de pie.

Tenía ante sí una de esas vistas que hacen que durante un segundo te sientas Dios. A la luz de la luna, la muralla del castillo parecía de plata y se extendía por las montañas formando un óvalo irregular del tamaño de un campo de fútbol americano. Había una torre circular más o menos cada cincuenta metros. A los pies de Danny, en la parte interior de la muralla, estaba todo a oscuras, negro puro, como si fuera un lago o el espacio exterior. Encima, la inmensa bóveda celeste, llena de nubes moradas y desgarradas. El castillo seguía donde Danny lo había dejado: un montón de torres y edificios apilotonados. Sin embargo, la torre más alta se encontraba separada del resto; era estrecha y de planta cuadrada, y una luz roja brillaba en una de sus ventanas superiores.

Danny miró hacia abajo y notó un aleteo en la tripa. Al llegar a Nueva York por primera vez, él y sus amigos habían intentado encontrar una palabra que definiera la relación que deseaban establecer entre ellos y el universo. Pero la lengua inglesa se les quedaba corta: conceptos como «perspectiva», «visión», «conocimiento» o «sabiduría» eran o demasiado profundos o demasiado superficiales. Así pues, Danny y sus amigos se habían inventado un nombre: *Altus*. El verdadero *altus* operaba en dos sentidos: veías pero al

mismo tiempo te veían, conocías y te conocían. Era un reconocimiento de doble sentido. De pie en la muralla del castillo, Danny sintió *altus*; aquella palabra seguía acompañándolo aunque hiciera ya tiempo que sus amigos habían desaparecido. Habrían crecido, seguramente.

Danny se dijo que ojalá se hubiera llevado la parabólica hasta lo alto de la muralla. Se moría de ganas de hacer unas llamadas; se trataba de una necesidad primaria, como el impulso de reír, estornudar o comer. Su urgencia era tal que se deslizó de nuevo muralla abajo y desanduvo el camino por entre aquellos árboles imponentes. Llevaba las uñas un poco largas y pronto se le llenaron de tierra y musgo. Pero para cuando regresó junto a la verja, el *altus* se había desvanecido y Danny ya solo se sentía cansado. Guardó la parabólica dentro de su estuche y encontró un lugar llano donde echarse debajo de un árbol. Reunió un montón de hojas. Danny había dormido al aire libre algunas veces cuando las cosas se habían puesto feas en Nueva York, pero aquello era totalmente distinto. Se quitó la chaqueta de terciopelo, la volvió del revés, la enroscó para darle forma de almohada y la colocó sobre la base del árbol. Se echó boca arriba, encima de las hojas, y cruzó los brazos sobre el pecho. No paraban de llover hojas y más hojas. Danny las vio girar y entrar en barrena sobre el telón de fondo de las ramas medio desnudas y las nubes moradas, y notó que se le cerraban los ojos. Intentó pensar en frases que pudiera emplear con Howie...

Como: «Oye, tío, a ver si te curras un poco más el felpudo de la puerta de tu casa.»

O si no: «A mí me has pagado para que venga aquí, pero imagino que no les querrás pagar también a tus clientes.»

O tal vez: «Créeme, la iluminación de exterior te va a cambiar la vida.»